

Desde París*

Un día París, ciudad refinada, enferma de placeres, con paladar de viejo goloso dispuesto a saborear manjares cada vez más picantes, ahíta de café-conciertos, cervecerías, “vaudevilles”, “couplets”, teatros y tabernas, inventó el “cabaret”, que no es una cervecería ni una taberna, ni propiamente una sala de espectáculos, y en donde, sin embargo, se bebe cerveza, se escucha un poco de mala música y se presencian algunas exhibiciones más o menos plásticas.

El “género” ha prosperado, y en la actualidad el público que acude a los “cabarets” no está formado exclusivamente de “gente de trueno”, sino también de muy recomendables burgueses y aun de algunas buenas familias, deseosos de ver por sus ojos estas excentricidades.

Y en verdad que el deseo ha de ser grande, puesto que para satisfacerlo es necesario apartarse de las principales arterias de la capital y dirigirse resueltamente a Montmartre, donde el “cabaret” ha arrojado profundamente sus raíces.

Montmartre es un barrio nocturno, que no goza precisamente de la mejor fama. El placer callejero llena sus avenidas en un avalancha humana; el “Molino Rojo” hace girar sus aspas luminosas, como un faro del vicio; los cafés,

* Carlos Díaz Dufoo, “Desde París. Correspondencia de Carlos Díaz Dufoo. Exotismos parisienses. Los cabarets de Montmartre”, *El Mundo Ilustrado* (22 de abril de 1900), [s. p.]

rebosantes de “demi-mondaines”, se pueblan de carcajadas báquicas y de notas cancanescas arrancadas a un mal piano.

No obstante, Montmartre tiene sus rinconcitos puros, sus pequeños centros de arte que es preciso arrancar del medio que los circunda, como se arrancaría una piedra preciosa del fondo de un pantano. Uno de ellos es la “Boite á Fursy” (la casa de Fursy), el local que antaño ocupaba el “Gato Negro”, un saloncito en el que a duras penas podrán colocarse 150 personas y en el que una media docena de jóvenes cancioneros deleitan los oídos de un público selecto con los chisporroteos de su ingenio, la flexibilidad de su verba y la delicadeza de su estro.

Es un puñado de bohemios de talento, de gracia, de travesura, de inteligencia y de sentimientos que ha sabido hacer algo más útil para sí mismos y para la sociedad en que viven, que embriagarse toscamente en el fondo de una cantina, como hacen todos aquí y allá, y en todas partes del mundo en donde la “Bohemia” es considerada como una marca del alcoholismo, de la pereza y de la orgía.

Pero dejando a un lado la “Boite á Fursy”, que bien merece un artículo aparte, vuelvo a los “cabaretes”, de los que ya insensiblemente me he ido apartando. Mas a fe que no se necesita andar mucho para dar con uno de ellos; aquí, sin ir más lejos, tenéis tres a la vista: el de la “Nada”, el del “Cielo” y el del “Infierno”.

Penetremos en el primero, que es el más típico de todos ellos.

Una pequeña puerta, en la que vigila un portero fúnebre, correctamente vestido de negro, conduce a la primera sala del establecimiento, un subterráneo decorado con esqueletos, ataúdes y avisos burlescos; en el centro arde un gran candil formado de una calavera y varias tibias humanas. En vez de mesas, ataúd, sillas de paja y taburetes. Un cuadro de humorismos lúgubre.

Pedís cerveza, que bebéis o dejáis (es preferible lo segundo), la pagáis (caro) y en marcha al segundo gabinete. Un pasadizo estrecho al que entráis guiados por un monje, que desliza en vuestros oídos extraños rezos mezclados con chistes de color subido; os lleva a otro saloncito más oscuro, adornado con el mismo gusto de cementerio, y en el fondo un hueco, en el que está adherido un ataúd en plano inclinado.

El director de aquella farsa os dirige entonces un pequeño discurso irónico sobre la conveniencia de hacer conocimiento con la última habitación en que dormiréis vuestro eterno sueño, e invita a algún espectador o a alguna espectadora a emprender el viaje postrero.

Nunca falta un excéntrico ni una excéntrica que se presten al experimento. El “muerto” se coloca en el ataúd, se le cubre del cuello a los pies con un sudario y comienza una parodia, poco atractiva, de la descomposición de la materia. A vuestra vista aquella cabeza se va tornando lívida, los ojos

se hundan, la nariz se afila extraordinariamente, el lienzo va haciéndose diáfano, y muy pronto no tenéis ante los ojos sino un esqueleto.

Aquello es a la vez nauseabundo y burlesco, humorismo de gente hastiada de todo que ha menester de estos espectáculos para producirse una impresión nueva, síntoma de una neurastenia aguda que reclama, día a día, momento a momento, otras emociones, otros placeres que los comunes y corrientes, desechados como irremediablemente insípidos.

La tercera pieza está destinada a las exhibiciones plásticas, los cuadros vivos, las mallas y los efectos de luz. Esta parte del programa, cuidadosamente preparada, es, quizá, la más artística. El desnudo no traspasa los límites de lo correcto, y hay bellas estatuas humanas distribuidas en grupos pintorescos que admirar.

Y semejante al “Cabaret de la Nada” son los demás de Montmartre, con la diferencia de que el símbolo es distinto. Así, en el “Cabaret del Infierno” penetráis en los dominios infernales, una cohorte de diablos os asalta, os invita a ser quemados en la gran caldera (“true” escénico semejante al del enterrado) y os presenta a los siete pecados capitales, encarnados en siete mujeres guapas, un poco ligeras de ropa; en el “Cabaret del Cielo” estáis en el Paraíso, rodeado de ángeles y serafines, tomáis cerveza con los Profetas y admiráis la ascensión de los justos a los lugares de la bienaventuranza.

Pero lo que llama la atención, lo que sorprende es la buena paciencia de los espectadores para resistir el diluvio de groserías y aun de verdaderas injurias que los directores de estas farsas hacen caer sobre todo recién llegado.

Salís de allí cubiertos de impropiedades, pensando en que habéis entrado en la diversión más de la cuenta. Y así lo quiere, sin embargo, el buen público parisiense, a extremo tal que uno de los empresarios de estos “cabarets” -el de la Nada-, que también está picado de publicismo, ha revelado en un curioso folleto sobre su vida y aventuras que la temporada que, siguiendo las indicaciones de la prensa, dejó de esgrimir su afilada lengua contra el público, este comenzó a desfilarse de su establecimiento.

¿Será verdad, como ha dicho alguien, que las multitudes aman que se les ultraje y se les vilipendie?

No sé, pero lo que puedo afirmar con certeza es que el “cabaret” es una manifestación del estado intelectual y moral de París, la ciudad sedienta de todas las sensaciones, por extravagantes, por raras, por anormales que sean.

París, 22 de marzo de 1900.

Carlos Díaz Dufoo